

SOBRE LA TEORIA DE LA ACCION VERBAL Y EL ACTO LOCUTIVO.

Por Víctor Sánchez de Zavala

I.

1. Pese a lo dicho en la comunicación anterior conviene notar

- a) que la circularidad señalada es inevitable si se opera como se proponía en el apartado I de aquella comunicación;
- b) que tal círculo, empero, no ofrece peligro alguno, puesto que no queremos trazar una metodología del análisis de discursos, sino una teoría de la (cuasi competencia de) producción lingüística;
- c) que sin duda es cierto que, para comprobar tal teoría, habría que obtener de un discurso "en marcha", los datos necesarios para que pudiera predecirse -con cierta probabilidad- la locución siguiente o cierto campo de posibles locuciones siguientes, y que será difícil obtener tales datos extrayéndolos de sólo el fragmento de discurso habido hasta el momento, sin recurrir a lo que posteriormente se diga; pero estas dificultades empíricas de la contrastabilidad (que, en realidad, son tan graves que posiblemente obliguen a replantear todo el problema) no pueden hacer que confundamos metodología con teoría propiamente dicha.

En cualquier caso, como allí decía en el apartado II, es imprescindible volver ante todo a la teoría de la originación del acto locutivo; pero no basta con indicar algunos defectos del esquema de flujo correspondiente, por manifiestos que sean: es menester que reconsideremos de nuevo los conceptos de acción verbal y de acto locutivo, en el campo conceptual más amplio que nos sea posible.

2. La noción de acción humana (o humanal, como voy a decir, para distinguir entre las acciones de los hombres humanas y las inhumanas o poco humanas) ha recibido bastante atención recientemente por parte de sociólogos, "filósofos" y otros estudiosos, entre ellos, especialmente, los economistas; conviene, por ello, tener una idea de las precisiones a que se ha llegado, con objeto de poder advertir más fácilmente las peculiaridades de las acciones y actos que aquí nos interesan.

En términos generales puede decirse que en toda acción humanal se distinguen los siguientes elementos: un agente (o actor-sujeto, como dicen algunos sociólogos), un enmarque físico y cultural (incluyendo los aspectos institucionales) en el que va a producirse la acción, una intervención intencionada de aquél en el curso de las cosas, en la "evolución" de ese enmarque o situación -que es lo que propiamente constituye la

acción- y un resultado de tal intervención (que podrá o no coincidir -y esto es esencial- con lo que se hubiera intentado obtener); véanse, por ej., las clásicas formulaciones de Von Wright (1963), págs. 35-41, (1967), pág. 121, y (1968), pág. 38, así como las apostillas de Chisholm (1967), págs. 138-9, y las dispersas, pero sugerentes, indicaciones de Hampshire (1959), págs. 72-3, 74, 148, 153-4, 157 y 222 (que coinciden en lo esencial con la exposición del pensador finés -pese al muy distinto punto de vista-, por más que subrayen el aspecto de estar guiada la acción por la intención correspondiente).

(Obsérvese que por "acción" se entiende siempre una intervención discreta que dé lugar a un acontecimiento apreciable; y que en algunos casos se la contrapone explícitamente a actividad, que daría lugar a un proceso: Von Wright, 1963, págs. 41-2, y 1968, págs. 38-9. Con lo cual, dicho sea de paso, aparte de no señalarse el decisivo ingrediente metodológico -aportado por el enfoque de quien estudie lo que haga el agente- de tal distinción, se dificulta la posibilidad de concebir las actividades "internas" de los organismos, ya que al proceso se lo mira en el mismo campo que los acontecimientos, o sea, en el de los cambios del enmarque o situación, del "curso de las cosas"; y, consecuentemente, apenas podrá salir a la noción de acto "interno": cf. las, por lo demás, nada aclaradas indicaciones de Baier, 1970, págs. 653-4).

Casi todos los autores que han tratado este tema hacen hincapié en el papel verdaderamente fundamental de la intención del agente: dos acciones físicamente indistinguibles serán distintas si lo que éste quisiera obtener fuese en cada caso una cosa distinta (véanse, por ejemplo, Hampshire, 1959, págs. 46, 206 y 211, y Rescher, 1967, pág. 218; cf. Koller, 1970, pág. 222); asimismo se señala con frecuencia que esa intención de conseguir algo puede ser más o menos específica, puede oscilar entre el propósito de hacer algo "como se pueda", "del modo que sea", y el de hacerlo del modo sabido, valiéndose de los medios que -según se suponga sin discusión- conducen a ello (Hampshire, 1959, pág. 123, y Baier, 1970, págs. 652-5). Ahora bien, tal intención no es algo fijo, que presida desde la lejanía la ejecución de la acción correspondiente: no ofrece solución de continuidad con ésta, la guía y dirige, se despliega progresivamente en un plan cada vez más especificado hasta llegar al final mismo de la acción (Hampshire, 1959, págs. 72-3, 74, 85 y 99; Miller, Galanter y Pribram, 1960, passim).

Pero, ¿en qué consiste, en detalle, tal intención activa? Es difícil decirlo en general, justamente por su continuidad con la acción misma, que llega a ser casi indistinguible de ella; pero sí cabe indicar de algún modo sus soportes, en lo que a su vez se apoya. Por lo pronto, para formar una intención de actuar, el (futuro) agente ha de orientarse de algún modo respecto de su enmarque o situación, orientación en la que cabe distinguir analíticamente una motivación inmediata

e individual de la acción, con aspectos cognoscitivos, catéc-ticos (de atracción o repulsión) y de organización o jerarqui-zación de unos y otros, por una parte, y una valoración socio-cultural con análogos aspectos (Parsons, Shils y Olds, 1951), págs. 56-60 y 64-74, y Figs. 1 y 2); o sea, en resumen, un aspecto de "historicidad" de la acción en cuanto debida a un agente y otro de "interacción social", de inserción en un sis-tema cultural (Touraine, 1965, págs. 85-6).

Y ahora ya cabe decir un poco más de la intención activa misma. Pues aquella orientación, que se basa -mirado desde el punto de vista del organismo, o, si se quiere, de su sistema nervioso central- en una atención selectiva a determinados aspectos de su enmarque o situación conduce, y parte de una "ta-bla de correlación" interiorizada entre medios y fines, entre estados del mundo a que pueda llegarse y actuaciones propias conducentes a ellos, para llegar mediante la elección de unos medios relativamente determinados, a una intervención concreta -que se concreta progresivamente- en ese enmarque (Simón, 1967, págs. 4, 6, 10, 12, 14, 19-20).

Parece, pues, que la teoría de la acción humana desemboca en una teoría de la decisión: dadas unas metas propuestas, el hombre habrá de elegir entre las varias rutas activas que habrán de conducir a ella. Ahora bien, a semejante enfoque no solamente conviene oponerle la fundamental observación de que todo ello, los medios y los fines, no son algo dado de modo ob-jetivo al investigador de la acción, sino algo imaginado por el agente, son resultado de unas evaluaciones subjetivas de éste (Shackle, 1961, passim; Shepard, 1964, págs. 259-67; cf. las "matrices de valor imputado" de Tolman, 1951, págs. 290-5 y 323-30), sino dos mucho más importantes: primeramente que, contra lo que parece suponerse siempre en las exposiciones de la "teoría de la decisión", tales metas y medios no tienen por qué estar formulados explícitamente, valiéndose de recursos lingüísticos, sino que en la gran mayoría de los casos no su-cederá así, por más que sean formulables con mayor o menor pre-cisión y acierto (Hampshire, 1959, págs. 78, 92, 102-3 y 120-1); y sobre todo, que el momento de decisión es el menos importante -en ocasiones puede decirse que se desvanece- en la acción: es el proponerse las metas, el reordenar jerárquicamente los sa-beres y las tendencias -teniendo en cuenta tanto su vertiente individual como la representativa de los valores sociocultura-les- lo que guía esencialmente la acción, hasta el punto de que se ha podido decir (Bühler, 1934, cap. I, § 4, 2) que los ingredientes que componen el campo de toda acción son necesidad y oportunidad: aquella reordenación de valores, pulsiones, normas interiorizadas, etc., da como resultante una necesidad (cf. Tolman, 1951, págs. 288-90 y 319-23), que en una ocasión determinada, esto es, en un enmarque apreciado como suficiente-mente propicio, lleva a actuar -por más que en casos en los que se ofrezca al agente la posibilidad de intentar el logro de una meta por distintas vías más o menos equivalentes en principio haya de mediar luego un proceso de decisión entre ellas (cf. Touraine, 1965, pág. 93).

Bibliografía:

- BAIER, A. C., 1970: "Act and Intent", The Journal of Philosophy, tomo 67, n° 19 (8 oct. 1970), págs. 648-58.
- BÜHLER, K., 1934: Sprachtheorie. Die Darstellungsfunktion der Sprache, Jena, Fischer; versión castellana, Teoría del lenguaje, Madrid, Rev. de Occidente, 1950 (hay reediciones del original alemán y de la traducción española).
- CHISHOLM, R., 1967, "Comments on Von Wright's", "The logic of Action", en Rescher (ed.), 1967, págs. 13709.
- HAMPSHIRE, S., 1959: Thought and Action, Londres, Chatto & Windus (cito por la reimpresión de 1965).
- KOLLER, A., 1970: "Review of Speech Acts", Language, tomo 46, n° 1, págs. 217-37.
- MILLER, G. A., GALANTER, E. H., y PRIBRAM, K. H., 1960: Plans and the Structure of Behavior, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston.
- PARSONS, T., SHILS, E. A., y OLDS, J., 1951: "Values, Motives and Systems of Action", en Parsons, T., y Shils, E. A. (eds.), 1951, págs. 45-275.
- RESCHER, N., 1967: "Aspects of Action", en Rescher, N. (ed.), 1967, págs. 215-9.
- (ed.), 1967: The Logic of Decision and Action, Pittsburgh, Univ. of P. Press.
- SHACKLE, G. L. S., 1961: Decision, order and time in human affairs, Cambridge, C. Univ. Press; versión cast., Decisión, orden y tiempo en las actividades humanas, Madrid, Tecnos, 1966.
- SHEPARD, R. N., 1964: "On subjectively Optimum Selections among Multi-attribute Alternatives", en Shelly, M. W., y Bryan, G. L., Human judgements and optimality, Nueva York, Wiley, págs. 257-81; recogido en Edwards, W., y Tversky, A., Decision Making: Selected Readings, Harmondsworth, Penguin, 1967, págs. 257-83 (ed. por la que cito).
- SIMON, H. A., 1967: "The Logic of Heuristic Decision Making", en Rescher, N. (ed.), 1967, págs. 1-20.
- TOLMAN, E. C., 1951: "A Psychological Model", en Parsons, T., y Shils, E. A. (eds.), 1951, págs. 277-361.
- TOURAINE, A., 1965: Sociologie de l'action, París, Seuil; versión castellana, Sociología de la acción, Barcelona, Ariel, 1969 (ed. por la que cito).
- VON WRIGHT, G. H., 1963: Norm and Action: A Logical Enquiry, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- 1967: "The Logic of Action: A Sketch", en Rescher, N. (ed.), 1967, págs. 121-36.
- 1968: An Essay in Deontic Logic and the General Theory of Action, with a bibliography of deontic and imperative logic (= Acta Philosophica Fennica, fasc. XXI), Amsterdam, North-Holland.

II.

1. Teniendo en cuenta la noción general de acción humana podemos señalar, por lo pronto, las perplejidades a que conduce el mirar la acción verbal como un tipo de tal acción.

a) En primer lugar, no se sabe bien si considerarla como una acción o como una actividad (entendiendo por ahora ésta en el sentido de Von Wright), dado que hemos partido de rechazar las frases aisladas artificialmente y tomar, en cambio, el discurso -aunque, por supuesto, haya casos límites en los que el discurso se componga de una sola locución. Tal vez lo mejor sea entenderla como una acción inserta dentro de una actividad (asimismo verbal, o sea, del mismo género que ella), si bien no habrá que perder nunca de vista que en la distinción de acciones discretas dentro de ésta interviene decisivamente el punto de vista del descriptor o teórico.

b) Surge, sin embargo, la cuestión de si es propiamente una acción (esto es, "exterior") o una unidad de actividad "interior", dados la enorme semejanza, si no práctica continuidad, entre el lenguaje manifiesto y el "interior" y el hecho de que difícilmente pueda considerarse éste como un ejercitar acciones, sino más bien como una introducción o prolegómeno a ellas (Hampshire, 1959, págs. 153-8). En cualquier caso, los actos locutivos parecen ser prácticamente iguales ya correspondan al habla "pública", manifiesta, o a la "interior" (pues también se pregunta, promete, objeta y expone uno a sí mismo, pese a la opinión, por ejemplo, de Hampshire), de modo que habrá que dar cuenta de tal continuidad, aunque se tome la decisión de estudiar sólo aquella primera.

c) Las resistencias con que se encuentra el que la ejercite son mínimas: no hay nada comparable al contacto con la irreductibilidad o "incorregibilidad" de lo otro que encontramos en las demás acciones, y que es un ingrediente esencial de la experiencia de vivir en un mundo determinado, entre realidades. Es cierto que, naturalmente, los propios órganos de la fonación oponen cierta resistencia (que se pone espectacularmente al descubierto en el tartamudeo, las afasias motrices, etc.)*, pero ésta no es de la índole a que me refiero, ya que es, simplemente, la que acompaña a todo movimiento y, por lo tanto, a la resistencia que de suyo nos oponen las cosas, que es la que nos interesa ahora (de ahí la facilidad con que se presta el habla a la vaciedad, su carácter como de ensueño, en

* Debo esta observación a Francisco Gracia.

el que cualquier cosa se puede trasponer o transformar, con tal de sujetarse a cierta estructura). Por otra parte es claro que lo mismo ocurre con toda transmisión de información: es preciso gastar energía en tal proceso, pero lo que es pertinente para él no es tal aplicación de energía sobre el entorno, sino la abstracción estructural de ésta que llamamos información (como lo muestra el hecho de que apenas varíe la cantidad de energía consumida cuando recorremos la gama completa -si hay tal cosa- de mensajes, el de que el mismo mensaje pueda transmitirse por distintos canales -y aun por el mismo- utilizando cantidades de energía enormemente distintas); sin embargo, ello no nos aclara nada sobre la acción verbal, porque lo único que hace es ponernos ante la vista la generalidad del problema.

d) Finalmente, esta misma falta -relativa- de algo exterior sobre lo que se ejerza la acción hace más urgente la necesidad de clasificar las acciones verbales atendiendo a sus características propias (ya que no podemos apoyarnos en una diversidad de "objetos" sobre los que se ejercieran ni en una variedad de efectos físicamente apreciables causados en ellos). Sin embargo, cuando tenemos en cuenta las investigaciones realizadas en este ámbito (en lo esencial, las de Austin y las que han seguido sus pasos) nos encontramos en una gran confusión, ya que se ofrecen fácilmente diversos criterios de ordenación, por ejemplo, los siguientes:

- 1) la prolongación de la actividad verbal en la que se inserte la acción: desde los saludos y las preguntas hasta las órdenes (de actuar físicamente) y las despedidas, pasando por las locuciones declarativas (que algo tienden a prolongarla) y las realizativas performative de Austin (que parecen tener menos efecto en este sentido);
- 2) los efectos que se surtan, si se pretenden o no (o mínimamente y sobre quién): en el oyente los pretenden ejercer las preguntas, ruegos, órdenes, etc., en el hablante, las promesas y otras maneras de comprometerse, en ambos las proclamaciones, nombramientos, etc., y sólo mínimamente o de un modo indirecto pretenden tenerlos las locuciones declarativas, narrativas, etc. (cf. la clasificación austiniana de la Lección XII de Austin, 1962, y las rectificaciones de Vendler, 1970, págs. 85-8);
- 3) la inmediatez o no de tales efectos: inmediatos en el caso de preguntas y órdenes, para "de ahora en adelante" o un futuro más o menos determinado cuando se trata de proclamaciones, nombramientos, advertencias, promesas, etc.

2. Para salir de esta perplejidad parece indispensable volver a dar otro paso atrás, y observar más de cerca ese proceso o actividad en que se insertan las acciones verbales.

Haciendo discreto un proceso que es continuo o, al menos, en el que la superposición de fases es tan grande que no

se puede pretender la exactitud de una segmentación en fases sucesivas (sino solamente admitirla como una simplificación provisional del análisis), podría decirse lo siguiente:

En un instante en que no esté efectuando una acción verbal; a cualquier participante en una situación de intercambios verbales podrá considerársele como un "elemento opaco" con tres entradas principales: la situación en que él se encuentra (subjetivamente) situado hasta ese momento, las constancias y acontecimientos (cambios) exteriores que incidan sobre él, y las variaciones internas que en él tengan lugar. (Obsérvese: a), que la distinción clara entre situación y acontecimientos parece depender de una "construcción" cognoscitiva y, en particular, lingüística de aquélla; b) que la distinción entre constancias y acontecimientos es la del propio sujeto, si bien el teórico trata de representarla en sus reconstrucciones; c) que tanto unas como otros afectan al sujeto mediante los procesos que se llaman de percepción e interocepción, y d) que reservo el rótulo de variaciones para las que no se experimenten como tales -si se quiere, "preconscientes"-).

Las tres entradas se compondrán del modo que sea, dando, merced a la propia actividad interna del organismo psicofísico, unas nuevas condiciones en que se encuentre éste, condiciones que, enumerándolas de menor a mayor discriminación experiencial (o consciencia, si se prefiere), podemos resumir en tres factores: un nuevo estado del substrato biológico (en el sentido del que se encuentra en los animales prehumanos), un nuevo estado del conjunto de creencias (en el sentido de Ortega, pero incluyendo, además de la configuración o faz que le ofrezcan las cosas en virtud de su experiencia, de las normas interiorizadas, etc., la misma -múltiple- jerarquía de figuras y fondos -el espacio psicológico de Lewin, además del perceptivo-) y una evaluación del momento.

Estas condiciones puede considerarse como una entrada a un nuevo elemento opaco, que será el mismo sujeto en cuanto resolutor de las nuevas condiciones, y que, al operar, dará lugar: por una parte, a lo que se considere la nueva situación presente, y, por otra, a una actuación, por mínima que sea (si no, el sujeto ha perdido la consciencia: estará, por ejemplo, dormido), que podrá ser de dos tipos -perfectamente compatibles, claro está-, actuación directa o "física" y semiótica (por no dejar de lado los gestos, que parecen eliminarse al hablar de actuación verbal). (Nada impide que cada una de ellas sea múltiple, al menos en el sentido de que entren en juego alternadamente cadenas o "melodías" de actuación distintas, que en decurso temporal suficientemente prolongado presenten la apariencia de dos o más actuaciones paralelas: recuérdense las actividades llamadas derivativas y, sobre todo, la cuasi simultaneidad de habla interior y exterior).

Adviértase que el supuesto de toda comunicación es la congruencia de las "situaciones" en que se encuentren los sistemas psicofísicos que se comuniquen; congruencia que no puede bastar con ser una semejanza "objetiva", acaso apreciada como tal -si tal cosa cupiese por inspección directa- por algún observador del proceso de comunicación, sino que de algún modo ha de ser apreciada por los mismos participantes en éste. (Sin este requisito, aparte de que aquel supuesto se daría siempre, siquiera vacuamente -pues cualesquiera objetos o procesos presentan alguna semejanza, como se ha señalado repetidas veces- y sin que fuese posible distinguir entre los casos de cumplimiento vacuo y no vacuo, los organismos suficientemente evolucionados se habrían de "disparar" incesantemente en un haz de procesos de comunicación dispares, faltos de criterios para iniciar uno cualquiera de ellos -el oportuno- frente a todos los demás que tengan en su repertorio). A lo que se añade, en el caso de procesos de comunicación muy afinados (típicamente, en los que conllevan acciones verbales), que a lo que tienden éstos es, precisamente -entre otras cosas-, a hacer idénticas las situaciones de los distintos participantes (bien entendido, sólo en ciertos aspectos, los referentes al asunto o tema sobre que versen las acciones semióticas, o sea, en los pertinentes para la comunicación; desde luego, en el caso del "lenguaje interior" puede afirmarse lo mismo aunque se niegue la aplicabilidad del concepto de comunicación, puesto que la situación del hablante será idéntica a la del oyente).

3. Vamos a detenernos ahora en la actuación semiótica, tratando de señalar primeramente sus rasgos más generales, en el sentido de que se encuentren en todos los procesos en los que entren actuaciones de este tipo, cualesquiera que sean su grado de afinamiento (desde la comunicación, por ejemplo, olfativa o la que se da en las luchas entre miembros de una especie animal, al diálogo humano) y su exterioridad (lenguaje interior o manifiesto), "público".

El primer aspecto, dimensión o cara de tal actuación es el que se puede llamar interventivo: se trata del "tipo de actuación" de Rescher (Rescher, 1967, págs. 215 y 216) en las acciones en general, semióticas o no, o sea, de qué es lo que se lleve a cabo en ella (en el sentido qué se intente hacer, no en el de lo que de hecho se consiga, que puede ser algo muy distinto, como subraya siempre Chisholm, por ejemplo); qué clase de intervención en el curso de las cosas se efectúe o intente efectuar con la actuación semiótica. Ahora bien, dado el esquema del apartado anterior sobre el proceso en que tiene lugar esta actuación, y teniendo en cuenta lo dicho sobre la "pretensión" ínsita en ella de que la situación sea común a todos los participantes (en los aspectos pertinentes a la comunicación misma), parece claro que sólo se puede intervenir de dos maneras fundamentales: o sobre las actuaciones (directas o semióticas) previstas como respuesta del interlocutor, o sobre la base en que se apoyen estas acciones (que podrá ser, o bien éste mismo globalmente, o la situación que se le supon-

ga). La primera manera, que podemos llamar intervención movilizadora, podrá, por su parte, tener por meta la actuación directa o la semiótica (o ambas a la vez, desde luego); en cuanto a la segunda, comprende, como acabo de decir, en las intervenciones afectadoras del interlocutor tomado globalmente y las que traten de modificar la situación; y estas últimas pueden ser insertadoras, esto es, que presenten la situación del hablante (al objeto, desde luego, de que el interlocutor la integre en la suya propia) o sentadoras, es decir, que modifiquen directamente la situación común (o supuestamente tal). (Véase la figura).

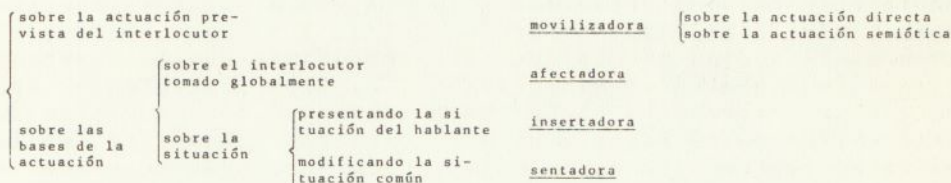


Fig. 1.- Tipos de intervención (cara interventiva de la actuación semiótica).

Un segundo aspecto, dimensión o cara de la actuación semiótica es el de la relación en que se encuentren y se pongan los interlocutores como "fondo" sobre el que opere su tipo (es decir, su aspecto interventivo); aspecto que podríamos caracterizar designándolo como respectivo. También aquí podemos discernir una categoría análoga en las acciones humanas en general, que sería, a no dudarlo, la de la orientación respecto del enmarque (de que hablábamos en el apartado 2 de la comunicación anterior), y que en el esquema de Rescher (op. cit., págs. 215 y 217) habría que encontrar en el enmarque de la acción (si bien descontando sus aspectos espaciotemporales y, en general, físicos). En cuanto a sus distintas vertientes, cabe distinguir: el movimiento positivo o negativo hacia el interlocutor (correspondiente a la catexis de Parsons y Shils), o sea, el componente de acercamiento, de neutralidad o de alejamiento o rechazo; la pendiente o desnivel con que se lleve a cabo la actuación como efecto de la posición relativa (psicológica y sociológica) de los interlocutores, que podrá ser, en términos generales, hacia arriba, a nivel o hacia abajo, y finalmente, la liquidez o respaldo sociológico de la actuación, que puede oscilar entre una completa apoyatura institucional y la más estricta individualidad (es decir, que esté abandonada a los individuos entre los que medie, con un mínimo de encuadre sociológico en que ubicarla).

En tercer lugar ha de señalarse el aspecto o cara al que cabría designar como plano fundativo, que correspondería a la energía, adhesión o convicción con que se ejecuten las acciones en general, directas o semióticas. (En la esquemática clasificación de Rescher, correspondería a parte de la "modalidad de modo" de la acción: op. cit., págs. 215 y 216). Y en él se podrá tener desde un grado máximo de adhesión (llamémoslo, por ejemplo, inherencia) hasta el mínimo (disociación), pasando por una zona intermedia de mera ejecución que pudiéramos llamar incuestionada (asunción simple).

Con este tercer aspecto hemos agotado -al parecer- las caras o dimensiones que la actuación semiótica tiene en común con la actuación directa; véase, por ejemplo, la tan repetidamente citada clasificación de Rescher de los elementos descriptivos de la acción, en la que, si descontamos sus fundamentos [rationale] (que son, evidentemente, ciertos ingredientes abstractos de actuaciones más o menos concomitantes, en parte inferidos y en parte experimentados como base del actuar, en la medida en que en algunos de tales fundamentos -en concreto, en la "intencionalidad"- no se englobe precisamente el tipo de actuación, esto es, su cara interventiva), no quedan otros elementos por recoger que los medios utilizados para la acción y su enmarque físico (en particular, espaciotemporal), de que ahora hablaremos. Y conviene asimismo notar que estas tres caras explican hasta cierto punto la continuidad y diferencia entre el habla interior y el habla manifiesta, pese a la reconocida ignorancia en que nos encontramos actualmente respecto del primero de los dos procesos; pues ya ahora podemos decir que, mientras que la dimensión fundativa parece tener igual peso en ambos, la interventiva queda algo así como troncada o con sordina en el interior (en especial sus vertientes que miran específicamente a un interlocutor, o sea, la movilizadora y la afectadora), y la respectiva parece anularse totalmente -como es comprensible, dada la identidad entre interlocutores que lo caracteriza.

Lo más importante, sin embargo, de esta distinción de tres caras básicas de la actuación semiótica es que (juntamente con otra dimensión de que luego hemos de hablar, la diacrítica) nos permiten dar cuenta, mediante unas reglas combinatorias muy sencillas, de los elementos o ingredientes de la originación del acto locutivo que habíamos encontrado en Sánchez de Zavala (1970a y 1970b), pero de cuya articulación no podíamos ofrecer ni detalle ni razón algunos; en particular, pese a las confusiones que nos afligían en el apartado 1, d), podremos ordenar, podar y dar razón de las llamadas fuerzas inlocutivas, que son captables por la intuición lingüística y (con ciertos desajustes, como es natural, dada la -relativa- "arbitrariedad del signo lingüístico") valiéndose de caracterizaciones formales, a base de estas caras o dimensiones abstractas de la actuación semiótica. De este modo tendremos los primeros elementos de una teoría propiamente dicha de la cuasi

competencia de producción, elementos que son, naturalmente, construcciones teóricas que han de "probar su temple" explicando deductivamente (apoyándose, por ejemplo, en la combinatoria aludida) fenómenos conocidos del habla.

4. (Advertencia inicial: vamos a designar las "fuerzas inlocutivas" y, en muchos casos, las clases de fuerza inlocutiva a base de los verbos "realizativos" correspondientes y de las clases distinguidas en Austin, 1962, y Vendler, 1970).

Comencemos por la cara interventiva. La intervención movilizadora sobre la actuación directa da lugar a las fuerzas inlocutivas ejercitivas y la movilizadora sobre la actuación semiótica, a la fuerza inlocutiva del dirigirse a alguien y el preguntar (en el caso positivo) y del despedirse y el responder a las preguntas (en el caso negativo), si bien es claro que en la determinación de estas fuerzas entra la vertiente "pendiente" de la cara respectiva. La intervención afectadora da lugar a ciertas fuerzas inlocutivas del grupo de las comportativas, como son la fuerza inlocutiva del felicitar, el dar gracias, etc., y sus opuestos (adviértase que aquí entrará también la vertiente "movimiento" de la cara respectiva). La intervención insertadora proporciona las fuerzas inlocutivas expositivas (menos las del preguntar y el responder), algunas del grupo de las comportativas, como las de la censura y alabanza, y las veredictivas -con la excepción de la del declarar (abierta una sesión, por ejemplo), que pertenece al grupo de las operativas- (nótese que también interviene aquí una dimensión de la cara respectiva, a saber, la de "liquidez" o respaldo sociológico). Finalmente, la intervención sentadora conduce a las fuerzas inlocutivas operativas (incluida la del declarar en el sentido indicado) y las compromisivas.

En lo que se refiere a la cara respectiva, hay que recordar, primero, que su vertiente "pendiente" se refleja en muchas distinciones entre fuerzas inlocutivas, principalmente las correspondientes a la intervención movilizadora (o sea, las ejercitivas); luego están las demás influencias señaladas al hablar de la cara interventiva; y, finalmente, es preciso decir que será preciso especificarla de alguna manera para obtener las variedades de la vocación o relación inlocutiva.

La cara fundativa, que se compone con todas las vertientes de la interventiva, dando las diferencias existentes entre fuerzas inlocutivas de distinta "energía" (por ejemplo, la que media entre aseverar y decir o declarar), requiere asimismo una especificación más fina para tener en cuenta a qué nivel semántico se aplica su efecto: desde el de la propia acción semiótica tomada globalmente (caso en que encontramos la postura adlocutiva) hasta la asunción o no de cada uno de los supuestos previos (en el sentido que Fillmore parece haber recogido de la "filosofía analítica") de sus distintos elementos semánticos, o sea, hasta la "estratificación de mundos" de que habla Lakoff (1968).

Vemos, pues, que ya algunos fenómenos de caras muy básicas de la actuación semiótica humanal requieren, para una descripción medianamente satisfactoria, que se especifique de algún modo lo que por aquellas caras se lleva a cabo; en especial, para distinguir la mayoría de las llamadas fuerzas inlocutivas, dentro de cada uno de los grupos de ellas establecidos, es preciso una diacrisis que saque a la luz detalles sobre circunstancias en que se ejerzan tales fuerzas, relaciones que se han de guardar con el enmarque físico en que se responde a ellas, etc., y muy principalmente, la especificación de la "situación" del hablante en las intervenciones insertadoras, y de la modificación que se efectúe en la "situación" común en las sentadoras.

Es necesario tener en cuenta, pues, una dimensión diacrítica de la actuación semiótica, que especificará todas sus demás caras y constituirá la base de lo que (siguiendo a Bühler) suele llamarse dimensión o función representativa de la acción verbal. No vamos a entrar ahora en su detalle, que es el del llamado contenido semántico, ni en su articulación con las caras que hemos señalado, cosas que requieren un estudio muy cuidadoso; sólo indicaré de momento que también esta dimensión se da en comportamientos semióticos gestuales, incluso no acompañados de actuación verbal estricta (cf. Greimas, 1968, págs. 20-1), por lo que de este modo contamos con una base para entender la suplencia mutua de gestos y palabras centrados en la acción verbal, o sea, la deixis, y asimismo que tal especificación parece darse en tres fases: la primera, esquemática, proporciona unos perfiles esquemáticos semióticos que es lo que llamamos vectores apelativos (fuerzas y relaciones inlocutivas); la segunda proporciona el contenido en la acepción usual de esta palabra, y la tercera acaba de ordenarlo poniéndolo en relación con el hablante como con su fundamento (postura adlocutiva en todos sus niveles).

Referencias Bibliográficas

- AUSTIN, J. L., 1962: How to do Things with Words, Cambridge de Massachusetts, Harvard Univ. Press.
- GREIMAS, A. J., 1968: "Conditions d'une sémiotique du monde naturel", en Greimas (ed.). Pratiques et Langages gestuels (= langages, 10), Paris, Didier/Larousse, 1968, págs. 3-35.
- HAMPSHIRE, S., 1959: Thought and Action, Londres, Chatto & Windus.
- LAKOFF, G., 1968: "Counterparts, or the Problem of Reference in Transformational Grammar" (inédito); hay tirada a multicopista de The Linguistic Club, Indiana University.
- RESCHER, N., 1967: "Aspects of Action", en Rescher (ed.), The Logic of Decision and Action, Pittsburgh, Univ. of P. Press, págs. 215-9.

- SANCHEZ DE ZAVALA, V., 1970a: Memoria sobre el análisis del lenguaje desde un punto de vista cibernético, I, Madrid, julio de 1970.
- 1970b: Perspectivas actuales de una praxiología lingüística, Madrid, octubre de 1970.
- VENDLER, Z., 1970: "Les performatifs en perspective", en Todo-rov, T., (ed.), L'énonciation (= Langages, 17), París, Didier/Larousse, 1970, págs. 73-90.

REPLANTEAMIENTO DEL ESTUDIO DE LA CUASI COMPETENCIA DE PRODUCCION VERBAL.

Por Víctor Sánchez de Zavala.

1. Partiendo de que lo que queremos es representar teóricamente tal cuasi competencia, vamos a especificar lo más posible en qué consiste ésta, con objeto de ver hacia qué desideratum ha de encaminarse la investigación.

La capacidad lingüística que nos interesa se refleja en la actuación consistente, no ya en decir frases o locuciones aisladas del idioma que sea, sino en emitir las en unas circunstancias determinadas y dentro de un discurso determinado de modo que sean oportunas, o, al menos, pertinentes. Ahora bien, como para poder actuar de este modo el hablante sabe ya de algún modo en qué enmarque físico, sociológico, etc., se desarrolla el discurso y cuál ha sido la parte de éste transcurrida hasta el momento de emitir la locución que sea, parece que su trasunto teórico sería un conjunto finito de principios, reglas y recursos para el almacenamiento de datos (una "máquina") tal que, introduciéndole de algún modo una representación de

- 1) el enmarque físico y psicosocial (incluidas las relaciones entre los interlocutores y la apreciación por el hablante de las características psicológicas de los demás participantes),
- 2) las características psicológicas del propio hablante,
- 3) el fondo de conocimientos compartido por los interlocutores (lo consabido, en la expresión de Ortega), posiblemente aumentado con los supuestos de cada interlocutor pertinentes para el discurso que de hecho se produce,